

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

VISITA A LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL SAGRADO CORAZÓN CON MOTIVO DEL 50° ANIVERSARIO DE LA
FUNDACIÓN DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGÍA DEL POLICLÍNICO “AGOSTINO GEMELLI”

Visita a la Universidad Católica del Sagrado Corazón con motivo del 50° Aniversario de la fundación de la Facultad de Medicina y Cirugía del Policlínico “Agostino Gemelli”

3 de mayo de 2012

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, honorable señor presidente de la Cámara y señores ministros, ilustre Rector, distinguidas autoridades, docentes, médicos, distinguido personal sanitario y universitario, queridos estudiantes y queridos pacientes:

Con particular alegría me encuentro hoy con vosotros para celebrar el 50° Aniversario de la fundación de la Facultad de Medicina y Cirugía del Policlínico *Agostino Gemelli*. Agradezco al presidente del Instituto *Toniolo*, cardenal Angelo Scola, y al rector, profesor Franco Anelli, las amables palabras que me han dirigido. Saludo al señor presidente de la Cámara, honorable Gianfranco Fini, a los señores ministros, honorables Lorenzo Ornaghi y Renato Balduzzi, a las numerosas autoridades, así como a los docentes, a los médicos, al personal y a los estudiantes del Policlínico y de la Universidad Católica. Un

penumbra que se cierne sobre la cuestión de las realidades eternas... Dios debe tomar la iniciativa de salir al encuentro y de dirigirse al hombre» (Joseph Ratzinger, *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, Cantagalli, Roma 2005, 124). Así pues, para restituir a la razón su dimensión nativa integral, es preciso redescubrir el lugar originario que la investigación científica comparte con la búsqueda de fe, *fides quaerens intellectum*, según la intuición de san Anselmo. Ciencia y fe tienen una reciprocidad fecunda, casi una exigencia complementaria de inteligencia de lo real. Pero, de modo paradójico, precisamente la cultura positivista, excluyendo la pregunta sobre Dios del debate científico, determina el declive del pensamiento y el debilitamiento de la capacidad de inteligencia de lo real. Pero el *quaerere Deum* del hombre se perdería en una madeja de caminos si no saliera a su encuentro una vía de iluminación y de orientación segura, que es la de Dios mismo que se hace cercano al hombre con inmenso amor: «*En Jesucristo, Dios no solo habla al hombre, sino que lo busca.... Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la encarnación del Verbo*» (Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 7).

El cristianismo, religión del Logos, no relega la fe al ámbito de lo irracional, sino que atribuye el origen y el sentido de la realidad a la Razón creadora, que en el Dios crucificado se manifestó como amor y que invita a recorrer el camino del *quaerere Deum*: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida*». Comenta aquí santo Tomás de Aquino: «*El punto de llegada de este camino es el fin del deseo humano. Ahora bien, el hombre desea principalmente dos cosas: en primer lugar, el conocimiento de la verdad, que es propio de su naturaleza. En segundo lugar, la permanencia en el ser, propiedad común a todas las cosas. En Cristo se encuentran ambos... Así pues, si buscas por dónde pasar, acoge a Cristo, porque Él es el camino*» (*Exposiciones sobre Juan*, cap. 14, *lectio* 2). El Evangelio de la vida ilumina, por tanto, el camino arduo del hombre, y ante la tentación de la autonomía absoluta, recuerda que «*la vida del hombre proviene de Dios, es su don, su imagen e impronta, participación de su soplo vital*» (Juan Pablo II, *Evangelium vitae*, 39). Y es precisamente recorriendo la senda de la fe como el hombre se hace capaz de descubrir, incluso en las realidades de sufrimiento y de muerte que atraviesan su existencia, una posibilidad auténtica de bien y de vida. En la cruz de Cristo reconoce el Árbol de la vida, revelación del amor apasionado de Dios por el hombre. La atención hacia quienes sufren es, por tanto, un encuentro diario con el rostro de Cristo,

in veritate, 34). Precisamente esta conjugación de investigación científica y de servicio incondicional a la vida delinea la fisonomía católica de la Facultad de Medicina y Cirugía *Agostino Gemelli*, porque la perspectiva de la fe es interior —no está superpuesta ni yuxtapuesta— a la investigación aguda y tenaz del saber.

En una facultad católica de medicina, el humanismo trascendente no es eslogan retórico, sino regla vivida de la dedicación diaria. Soñando con una facultad de medicina y cirugía auténticamente católica, el padre Gemelli —y con él muchos otros, como el profesor Brasca— ponía en el centro de la atención a la persona en su fragilidad y en su grandeza, en los siempre nuevos recursos de una investigación apasionada y en la no menor consciencia del límite y del misterio de la vida. Por eso, habéis querido instituir un nuevo Centro Ateneo para la vida, que sostenga otras realidades ya existentes, como por ejemplo el Instituto Científico Internacional *Pablo VI*. Así pues, apoyo la atención a la vida en todas sus fases.

Quiero dirigirme ahora en particular a todos los pacientes presentes aquí en el *Gemelli*, asegurarles mi oración y mi afecto, y decirles que aquí se les seguirá siempre con amor, porque en su rostro se refleja el de Cristo sufriente.

Es precisamente el amor de Dios, que resplandece en Cristo, el que hace aguda y penetrante la mirada de la investigación y ayuda a descubrir lo que ninguna otra investigación es capaz de captar. Lo tenía muy presente el beato Giuseppe Toniolo, quien afirmaba que es propio de la naturaleza del hombre ver en los demás la imagen de Dios amor y en la creación su huella. Sin amor, también la ciencia pierde su nobleza. Solo el amor garantiza la humanidad de la investigación. Gracias por la atención.